

## Violencia política y naturaleza

(Rev APSAN 2021,1(1): 127-159)

César Ojeda

Creo que para hablar de la violencia política puede ser adecuado un excursus introductorio que marque un contexto que haga inteligible el texto. Muchas veces ronda en mí la idea, triste y vacía, de que nuestra especie es la culminación del sinsentido que caracteriza a la naturaleza toda y a los seres vivos como parte indiscutible de esa naturaleza. Un meteorito no viaja veloz por el espacio para colisionar con la tierra y extinguir a los reptiles terrestres del Mesozoico a los cuales conocemos como dinosaurios. La naturaleza no tiene un propósito ni un objetivo, simplemente acontece, ocurre. Y nosotros, los *homo sapiens sapiens*, somos parte de la naturaleza, y al igual que los dinosaurios y el meteorito, también, simplemente ocurrimos.

### LA VIOLENCIA POLÍTICA

#### **El contexto**

Es escalofriante darse cuenta de que las moléculas que forman nuestro cuerpo están también en nuestro jardín o a la vera del camino. Y son pocas. Decir, por lo tanto, y con el énfasis que se quiera, que somos especiales, únicos, superiores, tocados por la mano de algún dios, requiere poner en juego mecanismos psicológicos potentes, puesto que todo lo que hay en torno, como el paisaje, el planeta, y posiblemente el universo entero, tiene el mismo tipo de primacía, es decir, *ninguna*. Es conocido que la arrogancia de creernos hijos predilectos de alguien o de algo, y de ser centro y referente de lo que hay, ha sido, mejor o peor, reblandecida por muchas notables inteligencias. Pienso en Darwin, Copérnico y Freud, por citar solo a algunos.

Sin embargo *la experiencia consciente y la cultura* son una piedra en el zapato. Si bien, en tanto naturaleza viva, los seres humanos, al igual que las bacterias y los ofidios, tenemos organización y estructura, la experiencia consciente y la cultura nos sorprenden. La experiencia consciente la vivimos, aunque está claro que no la comprendemos en absoluto, y la cultura, a diferencia del mero acontecer "natural", es pura creación, puesto que sus elementos poseen no solo *organización y estructura* sino, además, *diseño y finalidad*, es decir, la cultura humana trae a existencia fenómenos que antes "no eran" (la célebre *poiesis* platónica). Si el universo del que somos parte meramente ocurre, la cultura, al igual que la experiencia consciente, parecen ser anomalías difíciles de entender. Pero, no es posible negar que vivimos en medio de "entes" culturales, creaciones diseñadas para satisfacer distintos deseos, fantasías y necesidades de los *homo sapiens sapiens*. Desde una silla hasta el celular, el PC, una olla, un taparrabo o una estación espacial, han sido diseñados y construidos con alguna finalidad, finalidad que invariablemente llega en retorno hasta nosotros mismos. Satisface alguna necesidad o algún deseo. Pero ¿cómo es posible en un universo (que llamamos naturaleza) que carece de emociones, aspiraciones, significación y propósitos, es decir, que acontece como un movimiento sin destino, surjan seres formados con los mismos materiales, pero que sí experimentan emociones, aspiraciones, deseos, significados, propósitos y mucho más en la misma línea? ¿Tal vez los *homo sapiens sapiens* fuimos invitados como espectadores a una representación universal carente de inicio, significado y final? Creo que es difícil aceptar tal invitación. Requeriría de algo semejante a la resignación, y esta nos es definitivamente esquiva y por eso insistimos afanosamente por encontrar algún sentido al hecho indiscutible de existir en medio de ese espectáculo. Así, por ejemplo, suponemos que el universo es algún tipo de totalidad (el *meleta to pan* de los griegos clásicos) y que, como tal, posee límites. Mas, por otro lado, y a desgano, comprobamos que, lleguemos hasta donde lleguemos en nuestras indagaciones, siempre hay más, es decir, jamás encontramos tal límite. Quizá esa sea una adecuada forma de constatar lo inconmensurable o, lo que es lo mismo, de constatar lo infinito.

Frente a esta inabarcabilidad se nos hace evidente que vivimos impregnados del deseo de claridad, de inicios, de procesos direccionados y de finales. Pero también, por momentos, irrumpe la irritante perplejidad del misterio y del no saber,

nuestro y de los que creen ser sabios. La reacción ante esta incertidumbre puede ser muy radical. Me refiero a la locura, aquella que simplemente nos hace delirar, es decir, creer que nuestros postulados y narraciones científicos y religiosos pueden llegar a la certeza, y así, convencernos de que el universo, y nosotros en él, fuimos creados por alguien al que solemos llamar dios y, por lo tanto, compartimos el diseño y la finalidad, esa de los entes culturales, como el televisor, por ejemplo. O, en el sendero de la ciencia, sostener que poco a poco avanzamos en la dirección de terminar conociendo y explicando ese todo. Basten como muestras de esto último las divulgaciones científicas que realizan investigadores en las más diversas áreas. Transmiten la idea de que sabemos mucho. Pero, como decía Karl Jaspers, "comprendiendo, más luego que tarde, se topa uno con lo incomprensible". ¿Cuánto hemos avanzado si no conocemos ni el punto de inicio ni el punto de llegada? ¿Qué puede ser mucho o poco en un proceso infinito? ¿Se está al principio o al final de aquello que no parece tener principio ni final? Entonces, las explicaciones científicas y los modelos y teorías a granel parecieran hacer justicia al "cementerio de hipótesis" que es la huella de su historia y también de su belleza. Así, en conferencias públicas y notorias, los divulgadores nos cuentan que "la idea más grande jamás pensada" fue la que tuvo Darwin, al decir que la evolución de la vida en el planeta desde hace 3.500 millones de años es el producto de un mecanismo simplísimo: la selección natural. Sin embargo no se conoce ninguna especie que haya surgido de ese mecanismo. Y han existido muchos miles de millones de ellas. Pero, como un cántico, la más grande idea se repite como un eco. Del mismo modo, los astrofísicos nos cuentan que el universo es misterioso e insondable, pero que avanzamos, y parecemos estar cada vez explicándolo mejor, aunque nos confunde que la expansión del universo producto del Big-Bang sea cada vez más veloz, y que en ello se asemeje a una caída. Contradice a lo que el sentido común entiende por "explosión". Por su parte, la "inteligencia artificial" surge por doquier, y junto a todo tipo de renuncias al pasado en los "pos" de algo, como la posverdad o el posmodernismo o los neos agregados, como el neorrealismo y otros, sitúan al siglo 21 como un punto crucial en la humanidad. El siglo se viste de vanguardia, de borde, de apertura. Así, debe haber una ciencia del siglo 21, una tecnología, una política y una economía del siglo 21. Esta pertenencia al siglo 21 pareciera ponernos en los umbrales de una revelación conmovedora. Pero, casi

está de más recordarlo, prácticamente todas las épocas se han autovalorado como cruciales. ¿Recuerdan la celebración de la llegada del siglo 20 y la feria monumental de París? Lamentablemente, basta con introducirse más allá de los titulares de las divulgaciones de las “ciencias naturales” y también de las “humanas”, para darnos cuenta que se trata de balbuceos algo omnipotentes que rápidamente muestran sus limitaciones. ¿No cabría, en un arrebatado de modestia, preguntarse primero qué es aquello que decimos al decir inteligencia, antes de hablar de eso, pero “artificial”? ¿Por qué decimos que lo que producen cierto tipo de seres biológicos (nosotros), es “artificial”? ¿Por qué no decimos que el oxígeno de la atmósfera es “artificial”, puesto que también fue un producto, el producto de la actividad de unos seres minúsculos llamados cianobacterias?

Valga esta introducción para mostrar la fragilidad de nuestras concepciones, prejuicios y supuestos, y de las andanadas de arrogancia que efectivamente pueden impedirnos pensar. La ciencia, el sentido común y la religión habitan en las creencias. Y las creencias lo son porque no son certezas. Las certezas son revelaciones, epifanías, es decir, irrefutables y evidentes. Las únicas que poseen evidencias incontestables son las personas que padecen de un cuadro delirante, es decir, de una psicosis. Luego, los demás no tenemos evidencias, pues, por más que pretendamos convencimiento, siempre tenemos dudas y frecuentemente comprobamos (especialmente en ciencia) que la palabra evidencia es menesterosa y se niega a sí misma, pues constatamos frecuentemente lo que sin pudor se denomina “evidencia contradictoria”.

### ***¿Qué es la violencia política?***

Mejor premunidos, podemos ahora ir al tema que hoy nos inquieta. La pregunta del subtítulo supone que tal violencia está ahí, pues toda pregunta viene de algo que la preexiste. Si la pregunta por la violencia política empieza por un “qué es”, indaga por su esencia. Lo que algo es, es su esencia. Desde dónde y cómo llega a ser eso que algo es, no es su esencia, sino su genesis. Y, ¿“qué es” la violencia política? Pareciera compuesta de conceptos obvios y no necesitados de esclarecimiento alguno. Todos creemos saber qué es violencia y qué es política

Sin embargo, como muchas otras palabras, forman lo que Heidegger denominaba "habladuría", pues son expresiones desarraigadas y de sobrevuelo que se han despegado de su fundamento. Se pronuncian porque pertenecen al habla cotidiana, pero no necesariamente se sabe qué se dice al decirlas.

Política deriva del griego *polis*, que significa ciudad, entendida como comunidad de personas. Hasta ahí vamos bien. Pero más específicamente la palabra adecuada es *politeia*, que alude, entre muchos significados aledaños, a la "teoría de la *polis*". Luego, la política es una teoría (del griego *theorein*=mirar atentamente). Es decir, la política no es un "hecho social", encarnado, aconteciendo, sino una teoría sobre tales hechos sociales, aquellos que acontecen en la *polis*. Luego, la política se constituye como los relatos teóricos que intentan explicar o precisar los "hechos" sociales de referencia. Esto es diferente de la acción políticamente inspirada, puesto que esta no es una teoría, sino que, también, es un hecho social, que consiste en actuar sobre los hechos sociales, pero que actúa bajo la orientación e inspiración de una teoría. La teoría social, es decir, la política, se expresa también con una palabra griega: ideología. Curiosa expresión. Significa aquello en lo que pensamiento y *logos* se encuentran. La ideo-logía no es una desviación espuria del pensamiento, como suele propalarse, sino tal vez su forma más consistente y propia, pues es el encuentro entre *logos* y pensar, o entre *logos* y ser humano, lo que a todas luces no es un asunto obvio, y tampoco baladí. Por lo mismo, y sin rebuscar mucho, se hace evidente que una política "no ideológica" es una política sin teoría, es decir, una contradicción *ab initio*, es decir, un "cuadrado redondo". Se sigue de esto que la acción política sin ideología no puede sino ser un ejercicio errático y guiado por fenómenos muy distintos a los de la comprensión teórica de la *polis*.

### **¿Cómo puede la política ser violenta?**

No puede, porque las teorías no tienen carne ni garras. La violencia, en muchas formas, está ya ahí, y la política la interpreta, conjetura mecanismos, "leyes", causalidades y génesis acerca de ella. O la provoca, pero no como política a secas sino como acción política. Una mirada a la historia del ser humano, atravesando sin delicadeza los sesgos propios de todas las narrativas de tal acontecer, no puede sino responder que la violencia es ubicua: está en todo tiempo y lugar. Pero, sin ir muy lejos y mirando nuestras propias huellas, es imposible no ver que la violencia no solo nos acompaña sino que nos habita. El siglo veinte, como todos los siglos, fue un "cambalache" con varios cientos de millones de seres humanos asesinados por "razones" ideológicas, es decir, políticas. Nada parecido al impulso (no hay verdaderas teorías impulsivas o emocionales). Es, como dice Camus (1951), el asesinato razonado desde el silogismo, es decir, desde la teoría y ejecutado mediante la acción política. No hay allí inocencia alguna. Todo está pensado y justificado ideológicamente. La violencia, tanto en el asesinato como en todos sus derivados transgresores, está indisolublemente ligada a la fuerza, como reza su etimología (del latín *vis*=fuerza). Pero además a un concepto que nos es familiar: violación. Esto porque la violencia no puede existir por fuera de la violación. Y violar es transgredir, traspasar un límite, ir más allá de una norma, romper una frontera o un acuerdo. Así, se violan personas, tratados, territorios, derechos, leyes, sepulcros, constituciones, instituciones, ritos, tabúes y convenciones. Todos ellos establecen un borde supuestamente infranqueable.

El límite primordial es mi propia vida, la que no puede ser transgredida. Mi cuerpo es propio en la medida en que no se confunde con los otros cuerpos y cosas que hay allí alrededor. Yo soy yo en la medida en que no soy los "otros". Efectivamente, nada más radical que violar el límite primordial que es mi vida. Si así es, como un magma hirviente de cada vez mayor simbolización, la violencia se derrama hacia comportamientos que hacen referencia a mi vida, pero no como un mero acontecer biológico, sino a mi vida en tanto vida humana. Esas violaciones son conocidas: el abuso, la explotación, la tortura, la prisión, el maltrato, la esclavitud, y especialmente el desprecio. Lo notable es que la naturaleza, que constituye a todos

los seres vivos, no cuenta entre sus movimientos con al asesinato y la violación. Estos se ubican solo en el contexto del diseño y la finalidad que tejen la cultura. Así la naturaleza puede matarnos, y de hecho inevitablemente lo hace, pero jamás nos asesina ni nos viola en ningún sentido. Luego, si estamos hablando de violencia, no nos estamos refiriendo a la depredación, a la lucha o el ataque de sobrevivencia, a la enfermedad o al accidente. Nos estamos refiriendo a un fenómeno plenamente cultural y por lo tanto exclusivo del *homo sapiens sapiens*.

### **Los valores superiores**

¿Cuáles son los temas valorados en las teorías sobre la *polis*? Mencionemos solo algunos: la libertad, la democracia, la justicia, el orden, la propiedad, la nación, la patria, la seguridad, Dios, la vida, la igualdad, la lealtad, la civilización, el bien, y muchos otros semejantes. Es horripilante constatar que todos ellos, tan hermosos en la sintaxis, son el sustento político de todas las guerras, abiertas o encubiertas. Externas o internas. Desde ellos se sostiene que el asesinato del enemigo se justifica por la defensa de alguno o todos estos "valores". Es fácil comprobar lo que digo leyendo la historia de las guerras, invasiones, genocidios, destrucciones y dictaduras modernas. Es muy distinta la guerra del Pacífico si se la lee en Perú, en Bolivia o en Chile. ¿Cómo se lee la guerra del Golfo en Estados Unidos y en Irak? Es muy distinta la dictadura que sufrió Chile si se la mira desde la ideología de la Unión Demócrata Independiente que si se lo hace desde la ideología del Partido Socialista. Pero los seres humanos tenemos una infinita capacidad de exculparnos. Aunque tengamos el puñal ensangrentado en la mano. Ningún político dice que se asesina, usurpa o invade por razones independientes estos grandes valores. Y esto deriva de que la violencia deja de ser un tema moral a través de un pensamiento absurdo. La verdadera violencia en el ser humano, se dice, es la consecuencia de una degradación de los valores "superiores", una de cuyas misiones es mantener bajo control los aspectos inferiores, bestiales e infrahumanos del hombre. La fuerza del "instinto" agresivo, primario y filogenéticamente antiguo, irrumpirá si aquellas cualidades, elaboradas en la convivencia, fallan. Luego, yo no ejerzo la violencia, no violo ni asesino, solo me defiendo.

Y esto tiene una consecuencia inmediata: mis crímenes son inocentes. ¿Alguien puede creer que Osama bin Laden, después del ataque a las Torres Gemelas, se sintió agobiado por la culpa de haber asesinado a miles de personas? ¿O que Barak Obama perdió el sueño después de asesinar a Osama bin Laden? ¿Alguien puede creer que George W. Bush se sintió culpable por haber invadido Irak y asesinado a miles de personas, sabiendo que las “armas de destrucción masiva” eran solo una excusa?

Que la explicación del crimen y la violencia como defensa frente al mal o la criminalidad está invertida, es del todo evidente: la violencia humana a gran escala no se produce por un déficit axiológico o de las capacidades valorativas, sino por un exceso de ellas, dentro de las cuales (y entre otros factores relacionados) las creencias religiosas y los fundamentalismos políticos tienen un papel fundamental. La violencia de la acción política no se produce por una pérdida de los límites de pertenencia e identidad, sino por una rigidez y sobrepresencia de ellos, como lo demuestran los actos nacionalistas y xenófobos de todas las épocas. Los grandes valores, como Dios, la Humanidad, la Democracia, el Bien, el Mal, La libertad, el Respeto a la Vida, la Justicia y muchos “valores superiores” más, son esgrimidos como el fundamento de crímenes, violaciones y abusos, perpetrados de manera horrorosa, pues, en su supuesta vinculación con el “bien”, tales valores ciegan e impiden el considerar a los derechos mínimos y básicos de toda persona como la aspiración primera y última de la humanidad. Degollar, bombardear, acribillar, torturar a nombre de la patria, dios y la libertad, o matar a nombre de la vida, ejemplifican claramente lo que he pretendido decir. Milan Kundera sostenía que los regímenes criminales de Europa del Este no fueron producto de los criminales, sino de los entusiastas, “que creían haber encontrado el único camino que conduce al paraíso”.



**El abuso**

Toda violación es violencia, y muchas de ellas, como hemos señalado, están escondidas tras grandes palabras. Pero hay otras violaciones que se acurrucan a la sombra de términos de apariencia inocente y de menor entidad, como por ejemplo el orden público, la igualdad o el "crecimiento económico". Tomemos un solo tema: el "crecimiento" económico. A primera vista, parece ser un objetivo universalmente deseado. Creo que es una constatación de todos que si usted y su familia se cambian a una mejor casa, compran un auto nuevo, sus dos hijos ingresan a la universidad y son los primeros en la familia que lo logran, que este verano podrán viajar fuera de Chile, y otras situaciones semejantes, nadie podría decir que esto es otra cosa que crecimiento y progreso. Pero ustedes, para comprar la casa debieron tomar un crédito hipotecario a treinta años y deben pagar adicionalmente y *ad eternum* altas contribuciones; para el automóvil lo hicieron con un crédito a tres años; para costear la universidad de los dos hijos debieron obtener un crédito pagadero por los hijos durante un largo periodo de su vida profesional, y para el viaje al extranjero hicieron uso de un crédito a 12 meses. Usted pagó a la inmobiliaria, a la automotora, a la universidad y a la agencia de viajes. Pero, por sobre eso, usted quedó atrapado en el mercado financiero, es decir, con sociedades que prestan dinero con intereses considerables. El mercado financiero compra y vende dinero, es decir, el dinero es una mercancía. Pero, además, de sus remuneraciones se le descuenta obligatoriamente el 10% para cobertura previsional que manejan otras empresas y un 7% para cobertura de salud de dudosa capacidad, entre otras cosas. Pero sigue y suma. Para circular con su automóvil nuevo debe pagar un permiso de "circulación" a las municipalidades y un seguro contra accidentes a alguna compañía de seguros. Pero, en ciertas vías, además, peaje, que usted paga a las "concesionarias". Y también, debe asegurar su auto de modo permanente (con otras compañías de seguros) y si quiere estacionarse deberá pagar encima, a otras empresas. Su casa tiene un consumo de agua, electricidad y de gas que no es menor. Y todo eso usted lo paga a empresas que le venden esos insumos básicos. Naturalmente usted no puede controlar ni argumentar sobre los valores en prácticamente ninguno de los casos señalados, sino que obedecer a contratos unilaterales, es decir, donde no hay dos partes, sino solo una: el proveedor. Es evidente que el negocio de todo lo dicho

y las ganancias que suelen ser estratosféricas, se concentran en un grupo pequeño de empresas y ciudadanos. No tengo que ir más allá porque la mayor parte de las familias en Chile lo sabe muy bien. Usted, su familia y el país han crecido a la par de lo que ha crecido su propia deuda. Y ¿qué es una deuda? Es vender su vida laboral futura. Usted no está mejor ni ha crecido por lo que tiene, pues nada de eso le pertenece, sino porque debe cada vez más. Esto es evidentemente abusivo, pues esos intereses van a los mismos pocos bolsillos que manejan la economía del país. Todo esto en medio de otros abusos conocidos y que sería largo de enumerar, pero que bien lo sabe un jubilado que recibe \$150.000 al mes y debe gastar \$100.000 solo en el inescrupuloso precio de los medicamentos, y que, incluso, debe pagar intereses para satisfacer su alimentación básica, vía tarjetas de crédito. Usted puede revisar los niveles de deuda y morosidad de los chilenos y sus tramos de edad. Sabemos que muchas personas pagan en deudas el 70% de sus ingresos. Todo esto es abusivo, porque esa ganancia financiera va a los pocos que son dueños y administran dinero. Es abusivo, es violatorio, y por eso es violencia. Se sustenta en una teoría política que luego se encarna en acción política. Un botón de muestra es el sistema previsional que desarrolló José Piñera. Estaba basado en una teoría política que se demostró profundamente errada. Pero, en vez de cambiar la teoría, como ocurriría si una teoría científica no da cuenta de los fenómenos, se trató de forzar los fenómenos mismos para adaptarlos a la teoría. Un buen nombre para esto es la palabra "hipostasis" que, de entre sus significados, el fundamental es dar a una teoría el estatus de realidad. Solo deseo agregar, en este punto, que el majadero error teórico llevó a una "esclavitud financiera", tan oprobiosa como cualquier esclavitud.

### **La rebelión**

Como hemos repetido, los abusos son violencia, violaciones. A lo largo de la historia los seres humanos han tolerado enormes cantidades de abusos y transgresiones. Lo notable es que esto puede haber durado siglos sin provocar ninguna reacción. La Roma Imperial reconocía a los *Liberi* y a los *Servus* como una condición natural y los *Servus* eran propiedad de los *Liberi*. Podían golpearlos,

agredirlos, abusar sexualmente de ellos y matarlos, sin cometer con ello falta alguna. Séneca, el fino pensador romano, era capaz de reflexionar con sutileza y generosidad sobre temas muy variados, pero era completamente ciego ante el abuso sobre los esclavos, "esos pobres diablos". Sin embargo, y por razones muy difíciles de delinear, de pronto, bruscamente y sin aviso, aparece un NO rotundo que hace florecer fronteras y límites que habían aparentemente desaparecido. Es un rechazo categórico, potente, definitivo y decisivo. Y cambia la historia. Camus sostiene que al mismo tiempo que la repulsión frente al transgresor, hay en toda rebelión una adhesión entera e instantánea del hombre a cierta parte de sí mismo. Ese sí mismo que es una condición indispensable para ser un humano.

Sumado a lo anterior, de la rebelión surge la conciencia, en el sentido de un "darse cuenta", de un despertar, parecido o igual que el *samadhi* budista, que en Sánscrito significa "recuperarse de un desmayo, despertar". El rebelde se ha dado cuenta que no se trata de algo personal, sino que esas fronteras son una condición necesaria a todo ser humano, incluso al amo, al violador, al explotador y al abusador. De no serlo, se trataría de aniquilar al amo y a los otros mencionados, es decir, de violar su condición esencial asesinandolos. No, dice el rebelde, porque eso negaría el límite que se ha hecho evidente para todos los seres humanos y que justifica la rebelión misma. No se trata de aniquilar al abusador sino de privarlo de poder, de impedirle ser amo, no de impedirle ser persona. Además de lo dicho, la rebelión no es un acto solitario sino un despertar colectivo de todos los abusados, que sin duda siempre son casi todos, es decir, multitudes. Esta condición posee además otra característica esencial: es irreversible y abarca todos los ámbitos de violación, pues no permite retornar al sonambulismo previo.

Sin embargo, parece necesario hacer una distinción. No es lo mismo la rebelión que la revolución. No se trata de un asunto menor. Casi todas las revoluciones y subversiones en la historia han asesinado a los amos y abusadores, y luego los mismos revolucionarios se han transformado en amos. Eso significa "revolución", es decir "dar vuelta", con lo que necesariamente se vuelve al punto de partida. La rebelión, en cambio, es una oposición definitiva. Un nunca más, ni por parte del rebelde ni del violador. Ese nunca más es general y anida en multitudes y por ello su irreversibilidad. En pocas horas o días los significados de la vida, el trabajo, las

relaciones sociales y personales cambian para siempre. Se entiende entonces por qué los abusadores se aterrorizan. Piensan que toda rebelión es una revolución y transmiten ese terror. El sustento abusador de sus vidas se ha licuado, con lo cual se sienten frente a la “revolución” en la que imaginan ser condenados a muerte y a la violencia asesina. Como mecanismo de defensa lo habitual es que nieguen la rebelión y la señalen como una anomalía dentro del sistema que sueñan perdure, pues, en la realidad, ha dejado de existir. Por eso usan para la rebelión la expresión “delincuencia” y para la violación de los derechos humanos la expresión “excesos”.

PLEBISCITO. ¿QUE LA GENTE DECIDA?

### **Chile político**

Es discutible que la historia tenga leyes universales, pero lo que sí está claro es que las sociedades humanas poseen una capacidad de adaptación notable. Las comunidades humanas se adaptan a tiranías, dictaduras, oligocracias, abusos y genocidios. Con dificultad, miedo, penurias, impotencia y desgarros brutales, pero se adaptan. Igual que el olfato se adapta a los olores hasta dejar de sentirlos, la sensibilidad social se anestesia frente a las aberraciones políticas más escalofriantes. Con mayor razón lo hace ante un orden jurídico camuflado de una “democracia representativa”. La Constitución Política del Estado actual en Chile, de la cual el Tribunal Constitucional no es más que su guardia pretoriana, lucía para muchos como “tolerable”, y bajo esa ligereza, la tiranía de la minoría “aristocrática” se hacía menos evidente.

Pero las adaptaciones no son eternas. En octubre de 2019, después de un largo periodo de aparente calma, y por un evento que parecía un detalle (la subida del pasaje del metro), se produjo una toma de conciencia masiva acerca de los abusos sistemáticos y descarados ejercidos sobre las personas que habitan Chile. Ese estímulo hizo el efecto de “llave”, que calzó y abrió la puerta-fortaleza dominante que se concebía a sí misma como invulnerable. El alzamiento social, de dimensiones colosales, acorraló al gobierno y a los partidos políticos parlamentarios, y les recordó lo que es sentirse vulnerables y tener miedo. Entonces, en una noche

confusa, como la que se cuenta vivió el Buda al revelársele las Cuatro Nobles Verdades, llegaron a un “acuerdo” para controlar el desborde social. Pero ese acuerdo fue tomado por los partidos políticos tradicionales: se transaba entre ellos un plebiscito constitucional, a cambio de “la paz”, como si esta última fuera algo sobre el que algunos de los allí reunidos tuviese el control. Sin embargo, al despuntar el alba, el sentido de realidad apareció con su despiadada claridad. Así, comprobaron que el salpicón político-culinario les había quedado mal preparado, pues los obligaba *de verdad a hacer decidir a la ciudadanía acerca del corazón del sistema político chileno, y que los demócratas amantes de las dictaduras propias, y los demócratas a “la medida de lo posible”, habían transado un acuerdo girando sobre fondos ajenos.*

Entonces, esa misma mañana se despertaron prejuicios muy antiguos y en apariencia oxidados: ¿acaso saben las personas analfabetas, inquilinos, esclavos, mujeres y personas sin patrimonio destacado, lo que les conviene? ¿No es por “el bien” de todos ellos que deben gobernar las castas dominantes? Así pensaban las oligarquías hasta hace muy poco. No obstante, no es necesaria una terapia de largo alcance para comprobar que, más sutilmente, lo siguen pensando hasta hoy. ¿Van a redactar una nueva Constitución Política los líderes sindicales del Partido Comunista, los izquierdistas infantiles, las dueñas de casa? Alguno dijo con desprecio: ¿los Florcitas Motudas?

Comprobada la equivocación en la receta de aquella noche aciaga, empezaron las trampas. La primera ya estaba en el “acuerdo”. Los artículos constitucionales que se propusieran por la Comisión Constituyente, podían ser vetados por una minoría de un tercio más uno de sus miembros. Eso significaba que, a través de un bloqueo y “neteo” recíproco (tipo IVA), podría ocurrir que los convencionales no logaran que ni un solo artículo relevante sobreviviera y pasara al texto constitucional. Es decir, la constitución sería, ahora sí, una hoja en blanco. La segunda fue un invento leguleyo: la aprobación final en un plebiscito de salida, también podía ser vetada por un tercio más uno de los votos, con lo cual se volvía a la constitución anterior. O sea, aquí no ha pasado nada. Dada la tosquedad grosera del argumento y teniendo la certeza de que la mayoría de los votantes lo haría por la opción “Apruebo”, se inició entonces, por los más asustadizos, una búsqueda de apoyos en las ya

ingrávidas estructuras políticas (parlamento y partidos) para trabajar por el único camino que quedaba: que en el plebiscito, sí o sí, ganara la opción no (Rechazo).

Al menos en esta lucha entre síes y noes se estaba en un terreno, arcaico, pero conocido. ¿Cómo hacerlo? Les vino a la memoria el perenne argumento de los dominadores de toda la historia humana: sembrar el "terror". Asolar a poblados y siervos. Concluyeron que no había otro camino para ellos, pero esta vez sin sables ni rockets, pues las fuerzas armadas "no estaban en guerra". Entonces recogieron viejas notas de libretas de hace cuarenta años y se lanzaron al ataque bajo el vuelo de los megáfonos de los medios de comunicación convencionales: ¡si se aprueba el Plebiscito, el país caerá en un acantilado, en el caos, en la anomia, en el terrorismo sin límites, en el fuego del infierno, en la undécima plaga de Egipto: ya se sabe, junto a sangre, ranas, piojos, pestes, moscas, úlceras, lluvia de granizo y fuego, langostas, tinieblas, y así hasta diez, la nueva será: "el estatismo marxista-leninista-estalinista-castrista-chavista-madurista-orteguista... y capaz que también trotskista"!.

Pero ya nadie le teme al "cuco". Yo creo que el ciudadano común sabe que el camino de salida real es conseguir una aprobación masiva, contundente e inequívoca de las opción "Apruebo". A partir de allí, en la elección de los constituyentes, exigir a sus congéneres no votar por ningún partido o coalición que hubiese hecho campaña por el Rechazo al plebiscito. Así, de verdad, se podía hacer una nueva Constitución de tono socialdemócrata, con lo que el veto y la tiranía de las minorías se desharían como mono de nieve en el desierto. En Chile la izquierda más extrema no va más allá de un proyecto socialdemócrata básico.

Y resta un punto muy importante: la violencia sobre la que ya hemos reflexionado en estas páginas. Agreguemos que hay aquí zonas confusas y la violencia tiene gradientes: desde el indignado hasta el delincuente común. Es cierto que estas zonas confusas existen, pero en lo esencial son cosas diferentes. *La indignación y la rebeldía son políticas*, se refieren a los modos de convivencia social, y están dirigidas contra otros seres humanos, especialmente contra las aristocracias dominantes. *La represión es también política*. La delincuencia, en cambio, es endémica, y en Chile muy antigua como en todo el mundo, *pero su objetivo no es político sino atávico: robar y saquear bienes transables. Nada personal, nada*

ideológico. Cuando el tejido social está herido por una crisis política puede infectarse con los gérmenes oportunistas de la delincuencia, que siempre están ahí, a la espera para desarrollarse y crecer. Sin embargo, es muy torpe *confundir la herida con la infección*.

## TEORÍA POLÍTICA Y VIDA

### ***Nosotros o nada***

¿Existe algún acto humano que no sea social? Tal vez el personaje de la novela de Daniel Defoe, Robinson Crusoe, publicada en los albores del siglo 18, pudiese ser un ejemplo notable de que los humanos necesitamos a los otros, y si no los tenemos los inventamos, aunque estos no sean más que una roca pintada o un calabaza seca. La necesidad o el deseo del otro son incesantes. Y este deseo no es un tema biológico a secas, ni humano a secas. Para los niños lobos, rescatados en Malasia, después de años de haber convivido con una manada, el otro como ellos no era humano, era lobo. Y ellos tenían un comportamiento lupino inmodificable que no toleró la "civilización". No aprendieron a hablar, a caminar en dos pies ni a usar las manos para alimentarse. Finalmente murieron. Queda en evidencia que no basta con tener un genoma humano y un cuerpo humano para ser humano. Para ser humano son necesarios otros seres humanos. Muchos. El cerebro humano social se modela mediante la experiencia con los otros. El contacto físico, la caricia, el estrecharse las manos y abrazarse, es algo que no podemos evitar, no solo con la gratuidad de los afectos sino también frente al miedo y al peligro. Es imposible no emocionarse al ver a dos chimpancés jóvenes abrazarse ante cualquier amenaza. Por lo mismo, es doblemente cruel tener angustia y no poder tener contacto físico, dado que es este último el que se ha transformado en el peligro mismo.

Sin embargo, en condiciones habituales, esos otros no son solo aquellos a los que podemos abrazar, como la familia, los pares y colegas, sino, y fundamentalmente, el conjunto de la humanidad de la cual somos parte y que se superpone a la cultura entera. De alguna manera la cultura nos acoge con familiaridad y cercanía. No son los padres los que crean la cultura, los idiomas, las estructuras sociales ni las

costumbres. Sean las que sean, esas condiciones ya están tejidas al venir cada quien a la vida. Se trata de un Otro, así, con mayúscula, es decir, de la trama en la que existimos y que nos hace ser organismos históricos y culturales. Basta pensar en la enorme cantidad de personas y acontecimientos que ya no están y que alguna vez fueron, pero que para nosotros existen cotidianamente como huellas encriptadas en objetos, palabras escritas y recuerdos. Así, para muchos, suelen tener más realidad Heráclito y su obscura luminosidad, o Erwin Schrödinger y su inteligencia perfecta, o Hitler y Stalin y sus crímenes horrorosos, que muchos de los “pensadores” y asesinos contemporáneos vivos. Esos latidos sensibles e inteligibles del pasado llenan el espacio y configuran, en muchos ámbitos, el mundo de cada persona. Este Gran Otro ha sido pensado, vivido y desarrollado de manera compleja y a la vez amplia por destacados filósofos, y es central, por ejemplo, en la filosofía psicológica de Jacques Lacan. También lo es en la antropología del biólogo Humberto Maturana, expresada en su deseo de que los humanos “aceptemos al otro como un legítimo otro en la convivencia”. En filósofos como Sartre hay menos ingenuidad y más belicosidad: “el infierno es la mirada del otro” sentencia en *El Ser y la Nada* y se embarca en una disputa fratricida con Merleau-Ponty. Lo mismo pasa con Hegel al desarrollar su popular figura dialéctica del Amo y el Esclavo: “el otro es necesario para que yo sea yo”, sentencia también.

Todos sabemos muy bien y tenemos un conocimiento encarnado de lo que son el amor, la vergüenza, la ternura, el miedo, el deseo, la rabia, la desconfianza, la esperanza y otros fenómenos en los que esencialmente vivimos. Son parte fundamental de nuestra experiencia consciente. Pero otra cosa es explicarlos, es decir, adicionarles un discurso coherente y clarificador. Lo que digo nada tiene de original. Ya lo dijo San Agustín: “todos sabemos lo que es el tiempo, a menos que tratemos de explicarlo”. La ilusoria creencia en nuestra capacidad de explicar y de acercarnos a fórmulas que expresan la “verdad” puede llevarnos a una rigidez cercana al delirio, esa experiencia psicótica que tiene el privilegio y la hermosura de la certeza incommovible. Nietzsche escribe: “tenemos el arte para no morir de la verdad”. La filosofía y la teoría política son pasiones explicativas, y, por lo mismo, están en un permanente riesgo de hipostasiarse, es decir, de adquirir el estatus de gigantes en vez del de molinos de viento. No obstante su hermosura, los modelos



teóricos, en cualquier ámbito del pensamiento, tienen el hábito de fracasar, pues pretenden legalizar (dar ley y forma) a la evolución, al cambio y a la metamorfosis de lo que observamos en nosotros, los otros y el universo. Las pasiones explicativas y la tristeza que nos produce su fracaso parecen responder a deseos imposibles de saciar, aunque se los imagine como recipientes vacíos que hay que llenar y que es posible, paso a paso, efectivamente llenar.

### **Lo obvio**

Necesitamos al otro, hemos dicho como inicio. Por eso, como también hemos señalado, vivimos vinculados y a eso llamamos *polis*, es decir al conjunto de seres humanos que se agrupan históricamente en clanes, tribus y ciudades. Y junto con la *polis* nace la política o ideología. Pero los grupos humanos no se definen solamente por tener sus integrantes algunas características compartidas (como un idioma, una historia, una etnia o un paisaje) sino, fundamentalmente, porque sabemos que el otro es un otro como yo y que yo soy, para él, un otro como él. Es decir, nos reconocemos como seres de la misma naturaleza. Así, no podemos confundir al otro, por ejemplo, con una cosa, con un objeto, o creer que es una posesión o un esclavo, o medirlo como un recurso o como fuerza de trabajo o restarle entidad y concebirlo como "inferior". Por eso Heidegger utiliza una expresión distinta para el trato con las "cosas" (*Sorge* = cura o cuidado) y con el "otro" (*Fürsorge* = solicitud). Con las cosas me ocupo y las uso, con el otro solicito su mirada, su afecto y su respeto; mirada, afecto y respeto que también exijo me sean solicitados. Si a veces o frecuentemente no comprendemos este fenómeno esencial es porque nuestros sesgos, históricamente complejos, nos impiden percibir lo que es evidente y obvio. Ninguna teoría política, científica o filosófica puede tener el rango de certeza y de explicación indiscutible de lo que creemos socialmente real. De tenerla, o de creer que la tiene, estamos haciendo la ya mencionada hipóstasis. Un ejemplo tal vez ayude. En la década de los años 1950 alguien formuló la teoría de que los trastornos mentales se originaban en una hiperactividad del lóbulo frontal y, por lo tanto, intervino a miles de casos penetrando al cerebro por la región supra orbitaria con un picahielos y destrozando esa zona cerebral. Las consecuencias

fueron espantosas. Pero el protagonista “creía” a pie juntillas en su teoría y luego, dándola por real, hacía lo que estaba convencido que había que hacer. Hannah Arendt, en otro contexto, acuña el concepto de “banalidad”. Consiste en creer que hay algo inobjetable en el cumplimiento de los “deberes” mandados por sistemas ideológicos, teorías líderes, jefes o poderes políticos. En medio de esa creencia las personas no decidimos, sino que simplemente somos soldados que seguimos reglas, principios, teorías y mandatos, en cuya formulación generalmente no hemos participado. Por lo tanto, soy inocente e inmune a los reproches éticos. “Yo solo cumplí con mi deber”, o “seguí lealmente las deducciones impecables de una teoría”. Sin embargo, para quien logre serenar sus pasiones explicativas, es evidente que algo obvio ha sido aquí omitido.

Sócrates se oponía a la democracia, especialmente a la democracia representativa a través del voto. Si usted necesita pilotar un avión con 300 pasajeros, ¿por quién votaría para llevar el comando de la nave? ¿Por un grupo de ciudadanos de cualquier tipo o por expertos pilotos? Lo decía poniendo como ejemplo un barco en un mar bravío. El capitán y los oficiales deben ser competentes. Sin embargo, ¿puede eso dirimirlo el ciudadano común y corriente? Si usted no entiende la estructura técnica de un avión, las complejidades de la navegación o de la conducción de una nación, ¿en qué se puede basar para emitir su voto?

Estrictamente, la democracia es solo un concepto sin carne. Que el pueblo gobierne (siendo leales a su etimología griega) es imposible, pues conceptualmente gobierno y gobernado serían lo mismo. Una especie de tumulto, o de concordancia perfecta de todos los habitantes de un país. Sin embargo, gobernar es algo así como tener “dominio” sobre algo “otro”. Así, el capitán intenta dominio sobre su nave y sobre la tripulación, los gobierna, pero él no es la nave ni la tripulación, nave y tripulación que no ejercen dominio alguno sobre él. El punto entonces no es solo una discusión sobre la democracia, sino también acerca de lo que entendemos por gobernar. Corrientemente se entiende que el que gobierna “manda”. Y, el que manda, necesita alguna autoridad sobre el mandado. Emperadores, reyes, dictadores y patricios suelen creer que su poder proviene de alguna potencia superior. Habitualmente esa potencia es Dios o el Linaje Real. Pero, también, puede ser el conjunto de los ciudadanos que habitan una comarca, que la pueblan,

y por eso se les ha denominado "el pueblo". Tal vez lo que importe es que el que gobierna no tiene un poder basado en él mismo, sino otorgado por algo de mayor entidad que él. Entonces el gobernante posee un poder vicario, del mismo modo en que el Papa, por ejemplo, no es Dios, sino que lo representa (por eso se dice que el Papa es "vicario" de Cristo). Cuando este poder proviene del Pueblo, es evidente que el gobernante lo representa, y se habla entonces de "democracia representativa". El gobernante está mandatado por el Pueblo, es mandatario. Sin embargo, ¿cómo puede una persona o un pequeño grupo de ellas verdaderamente "representar" a muchos millones? Parece haber una respuesta: mediante un contrato. En las "democracias" occidentales se supone que ese contrato se firma a través de una Carta Fundamental o Constitución Política, y periódicamente mediante "elecciones libres e informadas". Sin embargo las Constituciones en Chile y en la mayor parte del mundo suelen ser acuerdos cupulares y en su creación no participan los ciudadanos. Luego, el contrato, que por definición siempre requiere de al menos dos "partes", no lo es. Y en las elecciones libres e informadas el asunto es aún más complejo. Es evidente que los que tienen que estar informados no son principalmente los votantes sino aquellos que pretenden representarlos. ¿Cómo se puede representar si no se está informado de lo que los mandantes creen, piensan, sueñan y profesan? Entonces, a través de un deslizamiento semántico, la "democracia representativa" se transforma en una "democracia adhesiva". Es decir, se invierte la figura y ahora son los ciudadanos los que deben enterarse de lo que piensa el candidato y "adherir" o no a él. El gobernante pasa así de mandatario a mandante. En esta figura invertida, ¿es posible saber qué piensan y creen los candidatos a gobernar a una comunidad? Evidentemente no se puede saber lo que piensan, sino solamente lo que dicen pensar. Pero no solo lo que ellos dicen sino, y fundamentalmente, lo que dice la coalición política a la que ellos pertenecen. Los partidos y las coaliciones políticas se supone que son instancias intermedias que tienen postulados de teoría social públicamente conocidos, de modo que la ciudadanía pueda adherir a la teoría social que más la convenza. Por lo mismo, y dada la enorme cantidad de partidos con nombre propio, debiera ocurrir que lo que justifica su gran número son las diferencias esenciales en las teorías sociales que sustentan su actuar político. Remitámonos a Chile. ¿Cuál es la teoría social del PPD? ¿En qué se diferencia de la teoría social del PS? ¿Cuál es la teoría de la DC?

¿En qué se diferencian políticamente los doce partidos que formaban el FA? ¿Cuál es la teoría social de RN? ¿Es distinta de la de la UDI o del partido Republicano? ¿Cómo se sitúa en este contexto el PC?

## PANDEMIA

### ***Sapiens e insignificancia***

Así estábamos reflexionando en el momento en que llegó la pandemia. Inesperada, oculta tras un saludo de manos o un beso de afecto o de amor, de una conversación íntima o de compartir la barra de un tren subterráneo. Llegó sin estridencias ni amenazas. Invisible, silenciosa, pero implacable. Muchos, impregnados del tufillo de la era de la información y de logros tecnológicos estimados inimaginables hace veinte años, se preguntan: ¿cómo es posible que algo así haya ocurrido en el siglo 21, sacralizado como el inicio de una humanidad renacida para la grandeza que le corresponde como especie? ¿Cómo puede ocurrir que nosotros, diseñadores de humanos superlativos, de manejos genéticos grandiosos, de naves interestelares, de exploradores del universo, de creadores de inteligencia, seamos víctimas de unas minúsculas cadenas de RNA, que ni siquiera alcanzan el nivel de organización de los seres vivos?

Hay ejemplos notables que prueban nuestra intolerable insignificancia. Son las llamadas “heridas narcisistas”, es decir, aporreos a nuestro amor propio. Todas ellas han significado un “párale” contundente a nuestra idea de ser el centro de algo, por ejemplo del universo, o de la vida, o de ser los hijos predilectos de Dios. Porque a fin de cuenta ¿qué somos? Lo sabemos. Somos apenas una especie biológica surgida en el último momento de los 3.500 millones de años en que la vida cursa en nuestro planeta. Una especie con escasos recursos: lentos, de visión, oído y olfato mínimos, carentes de alas, cascos, garras y colmillos, venenos, lampiños, sin fuerza muscular y, especialmente, con el impulso irrefrenable a destruir la estructura de la biosfera que nos permite vivir. Con todas esas carencias, al igual que los millones de especies que han existido en el planeta, de las cuales el 99% están ya extintas, estamos destinados a desaparecer, medido en tiempo cósmico, rápidamente. Si nos

hubiésemos de guiar por las ingenuidades posdarwinianas, no se ven las ventajas evolutivas que nos permitieran ni tan siquiera haber existido como especie. Es un poco prematuro concluir, como hace Harari, por ejemplo, que los *sapiens* hemos tenido un superlativo éxito evolutivo en el planeta. Eso es ganar el partido en los primeros cinco minutos.

Escucho a muchos lectores pensar que todo lo recién dicho puede ser así, pero que no estoy considerando que los *homo sapiens sapiens* somos seres inteligentes, o mejor expresado, los “más” inteligentes de la totalidad del entramado biológico de la tierra y capaz que del universo infinito. Pero esto de la inteligencia no es tan obvio como para ser pasado de sobrevolada. Imposible no recordar a Nietzsche, que sostenía a que a los seres humanos les debe haber ocurrido lo mismo que a los animales marinos al quedar en tierra seca, es decir, debieron sostenerse sobre el más débil de sus órganos: las aletas. Los humanos, agrega, al intentar controlar el instinto, han pretendido afirmarse sobre la más frágil de sus cualidades: la razón. Esa que hacía exclamar a Pascal: “El corazón tiene sus razones que la razón no entiende”. Imposible considerar a la inteligencia como una entidad pura, poderosa e infalible. Nada de eso ocurre. Lo que sí ocurre es que la inteligencia tiene el contrapeso en sí misma: ese reverso es la estupidez. No se puede ser estúpido si no se es inteligente. Los seres “inferiores”, como las lagartijas o los pumas o las golondrinas, jamás se comportan estúpidamente, es decir, carecen de esa sublime cualidad que llamamos “inteligencia humana”, la que nos permite actuar de manera ininterrumpidamente estúpida.

Se hace claro que la pandemia sorprendió a Chile en un momento político de características impensadas antes de octubre del año 2019. En ese momento, y bruscamente, el país, que parecía estar en una confortable calma y serenidad, se hizo políticamente añicos con una ferocidad sorprendente. Tal vez es inevitable darse cuenta de que en una sociedad cubierta mendazmente de un débil barniz de justicia y respeto, la ruptura, el desprendimiento de la costra, deje a la vista un panorama pestilente. La infección política se extendió, no en semanas o meses como el Coronavirus, sino que en unas pocas horas involucró profundamente a millones de personas. Sin embargo, cabe ahora preguntarse cómo se engarzó la presencia simultánea de tal crisis político-social con la crisis “sanitaria”. Ya señalamos que la

crisis social en Chile consistió en una rebelión irreversible frente al abuso económico y político. La infección por Coronavirus es algo muy diferente, pues no tiene que ver, en primer término, con la cultura. El Coronavirus y la Pandemia son fenómenos biológicos, ecológicos, que ocurren en la interacción entre diversos seres vivos y el planeta. Inútil es inventar que fue producto de una maliciosa “creación” china cuya finalidad era mermar el delirio magalomaníaco de Donald Trump. Es muy propio de occidente pensar que si algo anda mal alguien tiene la culpa. Es propio, pero radicalmente falso. Debemos recordar que los seres vivos, de muy diversas maneras, nos alimentamos de seres vivos o de sus productos. Por ejemplo, los seres humanos respiramos el oxígeno, que no es más que una excreción de las plantas autotróficas, o comemos a seres vivos como lechugas y serpientes, pues somos heterotróficos incapaces de crear nuestros propios alimentos. Lo que es común a los seres vivos es que el ADN (ácido desoxirribonucleico) es una matriz de significados biológicos que ha peregrinado por las más diversas especies y formas de vida desde su aparición en el planeta, como hemos dicho, hace 3.500 millones de años en la forma de bacteria. Cuesta imaginar el tiempo cósmico, al cual la vida pertenece. Un millón de años equivale a mil veces mil años. Como hemos señalado, los *homo sapiens sapiens* habitamos en el planeta apenas hace 200 mil años, es decir, el 20% de un millón de años. No de cientos o de miles. Solo de uno. Es cierto que hay antepasados relativamente más viejos, pero igualmente tardíos. El género homínidos surgió hace 4 millones de años, y el género homo, del que somos parte, surge hace 2,5 millones de años. Nuestra especie, que denominamos *homo sapiens sapiens*, es el único representante actual del género *Homo*, pero hubo otros *sapiens*, como el *homo neanderthalensis*. Ellos eran *sapiens*, pero creímos que no tanto como nosotros, por lo que nos agregamos una segunda sapiencia, para no confundirnos. Sin embargo, nada vivo en el planeta tiene como ancestro algo distinto a una bacteria, por lo que no hay razón para intentar separarnos de ellas como si fueran una suciedad innecesaria, pues convivimos y morimos, entre otras cosas, por y con ellas.

Pero, para gran sorpresa de la biología contemporánea, los virus son otra cosa. En su origen griego “virus” significa “veneno”. Pero es evidente que los griegos no tenían ninguna posibilidad de saber qué exactamente son estas moléculas. Ni siquiera sabían de la existencia de lo que hoy llamamos microorganismos. Lo primero

a decir es que los virus no son seres vivos. La unidad mínima de la vida es la célula. Haciendo una metáfora, los virus son como una palabra suelta e incompleta, que no pertenece a ningún poema. Son un código inerte y limitado, pues sus moléculas, en este Coronavirus formado por ARN, son pedazos de los mismos componentes que forman el código biológico fundamental que es el ADN. Sin embargo, el mismo ADN, el mío y el vuestro, sin la maquinaria celular son un montón de moléculas inactivas. Lo misterioso y maravilloso de esta condición es que la vida requiere de un código para ser, pero ese código solo se replica en la vida ya creada, sin la cual es palabra al viento: es una frase sin texto ni contexto que nada significa por sí misma. Si no hay células susceptibles de ser "parasitadas", la molécula virus no puede expresar su significación biológica.

En el caso del Coronavirus, como en muchos otros, la célula parasitada, al ser invadida y usada para la replicación de este significado ajeno, enferma al organismo del cual esa célula es parte, y las millones de réplicas sustraen la vida de otras y otras células con las consecuencias por todos conocidas.

Al no ser fenómenos culturales, no es posible declarar una "guerra" en contra de ellos, pues en la naturaleza de la vida, a diferencia de en la cultura humana, no existen las guerras ni las conspiraciones, ni la búsqueda insensata del poder, ni la inteligencia y su reverso estúpido. La vida simplemente ocurre, del mismo modo en que explota una supernova o erupciona un volcán: para nuestra sorprendida "inteligencia", es como algo que nunca debió ocurrir, una anomalía, una ocurrencia absurda. ¿Cómo es posible que ocurran eventos porque sí? Pues bien, ocurren. Dado que esta pandemia de virus corona no tiene un "para algo" o una finalidad, es, para los inteligentes, incomprensible. Y lo incomprensible, usando cualquier recurso, debe tener una razón de ser. Entonces el tema pierde su rumbo, pues el desvarío inteligente quiere un creador, puesto que el "porque sí" desbarata a nuestra débil capacidad razonante. Así, la estupidez se hace presente desvergonzadamente: debe investigarse la mente maligna que conspiró y sintetizó este virus "para" implantar el comunismo en la tierra.

Los seres humanos estudiamos ingeniería para ser ingenieros y calcular "algo". Y calculamos "algo" para "algo", como por ejemplo para construir un edificio. Y este edificio es "para" que vivan personas allí, para que crezcamos, para

que nos desarrollemos y, no al final, “para” hacer un jugoso negocio inmobiliario. Pues bien, el Corona virus es un paquete de moléculas que, como todo el universo, no tiene ese absurdo “para”. Como hemos dicho, los virus ni siquiera tienen la posibilidad de reproducirse a menos que “jaqueen” la maquinaria molecular de una célula y esta lo replique. Este “jaqueo” puede pasar inadvertido o darnos algunas molestias respiratorias o puede matarnos. Entonces estamos aterrados porque, con nuestra arrogancia, fingimos tener todo bajo control, aunque no estamos ni a las puertas de entender lo que pasa. Y lo que es peor, lo poco que sabemos lo usamos irreflexivamente.

### ***Pandemia y Política***

Parece evidente que primero necesitamos respirar, luego beber agua, luego alimentarnos, luego ejercer la sexualidad, y solo al final de una larga cadena podemos tener conflictos con nuestra pareja o discutir sobre metafísica. Si lo que está en riesgo es la vida de toda una comunidad, los temas políticos pasan a segundo plano. Pero no desaparecen. Nada de lo que justificó la manifestación social de octubre ha cambiado. Al revés, se ha agudizado en muchos sentidos, pues la pandemia ha hecho aún más evidente la paupérrima teoría social de quienes gobiernan Chile, y en general, de los que tienen poder en todo occidente. Esta teoría social consiste en el irresistible encanto de hacer cálculos y piruetas económicas con el objetivo de hacer “crecer” a los países, aunque eso sea a costa de la esclavitud financiera de la mayoría de la población y, principalmente, a través de la transformación de los ciudadanos en consumidores-deudores. Pero he aquí que para supervivir a la pandemia se requiere, aunque para muchos a regañadientes, aislamiento social. Esta es la primera y más eficaz forma de evitar los contagios y muertes, pero implica detener al país en muchos sentidos. Y detener el país es caro, pues requiere también detener la aspiradora neoliberal. Pasa entonces algo muy curioso. Desde la teoría del Estado sobrante, maltratado y jibarizado, sin pudor se mira al cielo y se le pide, a ese mismo Estado, que se levante y camine, se le pide que resucite, es decir, que se produzca un milagro. El antiestatismo dogmático descaradamente se da una vuelta de carnero, y ahora exige que el Estado se transforme en el padre



y responsable de financiar la crisis política, social, sanitaria y moral. La pandemia crea socialistas con mayor rapidez de la que el virus se disemina. Eso significa que, para sortear esta pandemia, deberemos por un largo tiempo gastar más de lo que producimos, y, por lo mismo, seremos más pobres, estaremos endeudados y deberemos ajustarnos a esa condición. Pero todos. El problema es que los que concentran la riqueza no saben perder, y menos ajustarse. La mayoría del país, eufemismos aparte, siempre ha sido pobre, y esos ahorros y endeudamiento estatal deberán gastarse en protegerlos a ellos. Y aquí la situación se agudiza, porque los que concentran la riqueza están en riesgo de perderla mucho más de lo que se ve a primera vista. Aquellos abusados, que en una brusca conciencia entraron en rebelión, no van a volver atrás y por lo mismo no podrán seguir siendo violados impunemente. Y esto, para nuestros gobernantes, ideológicamente infantiles, es equivalente a la llegada del juicio final

Antes de la pandemia el gobierno presidido por Sebastián Piñera estaba terminado. No diré aquí lo que se ha escrito y dicho de manera abundante sobre este fenómeno. Solo me inspira señalar que las pandemias matan y que para realizar un plebiscito constitucional y un cambio político y social de la envergadura que se avizoraba, primero es necesario sobrevivir. Y eso implica que la ciudadanía se abocó por entero a las medidas sanitarias y de cuidado, y postergó el cambio político. Pero el gobierno, con la torpeza que le es idiosincrática, ha intentado aprovechar este fenómeno biológico aterrador para intentar generar un segundo pánico: la "pandemia económica" posterior, y, con esa justificación, romper el aislamiento y que la población vuelva a sus lugares de trabajo con los riesgos evidentes al eliminar la única contención válida de la pandemia. Y, en el intertanto, como un torpe aficionado, ha intentado jugar todas sus cartas para demostrar que son capaces de enfrentar y resolver ambas crisis, hablando públicamente de su eficiencia, sagacidad y dones mesiánicos. Esta vez, claro está, a costa del Estado, e intentando, infantilmente, sostener que el calendario político, como el plebiscito y una nueva constitución, carecen ahora de importancia. Sumado a lo anterior, el gen (¿viral?) que los guía los ha llevado a establecer una competencia demencial y pretender encabezar rankings internacionales, por ejemplo sosteniendo que somos mejores que los italianos y los españoles, y naturalmente que toda América

Latina, y que nuestro sistema de salud es el mejor del mundo, por citar tan solo un par de tonterías memorables. Pero lo que rompe el modelo y la teoría política que sustenta al gobierno, es que mientras más grande y neoliberal sean los países “desarrollados”, las consecuencias de la pandemia son peores. Es curioso. Se suponía que estas grandes potencias de altos niveles tecnológicos tenían grandes sistemas de salud y beneficios para la vida humana, y que nuestro timón debía estar dirigido a emularlos. Pero esa suposición de grandeza “desarrollada” quedó en vilo, dado que esas grandes potencias son las principalmente afectadas, superadas médicamente, y responsables de orientar conscientemente el camino de la humanidad hacia la extinción.

Entonces, aquí, los gobernantes decidieron tirar la papa caliente y acordarse que existen las disciplinas científicas, al modo en que ellos las entienden y cautelosos de que las sugerencias de la ciencia pudieran perjudicar publicitariamente sus intereses partidarios e ideológicos. Al hablar de ciencia me estoy refiriendo a aquellas disciplinas que solo pueden ir a “la cosa” (desde galaxias hasta fotones), como si en tal cosa estuviese todo lo que es necesario explicar para el ser humano. Entonces la respuesta en el mundo científico ha sido unánime, y más precisamente, ninguna que supere el sentido común: el aislamiento y el lavado de manos y, de este modo, develar la mitología de los niveles de testeo, trazabilidad y aislamiento, pues no pueden ignorar que los contagiados son en su mayoría invisibles, lo que equivale a decir que estamos ciegos.

## FRAGILIDAD Y ANGUSTIA

### ***El tiempo y la vida***

Es posible activar todos los mecanismos de alerta y actuar, bien o mal, para conjurar la “peste”, pero, aunque nos movamos sin cesar, en algún momento nos damos cuenta que esta acción frenética por controlar el peligro deja entrever una reflexión de gran profundidad, que nos enseña lo que somos como seres humanos y que en la “vida cotidiana”, afanados, frecuentemente olvidamos. Pero el peligro incontrolable crea el momento adecuado en el que la apertura emocional otorga

espacio para palabras que, en otro momento, suenan solo como ruido que nos interrumpe en nuestro impulso por avanzar en una carrera frenética hacia una meta muchas veces ilusoria y, por momentos, delirante. Me doy cuenta que rara vez pienso en mi edad. Mi vida ha transcurrido de una manera en la que no he notado el paso del tiempo por mí, o mi paso por él. Quizás este transcurso se me insinúa por instantes cada vez que escribo y cito conceptos y autores que están en mi mente, en la cual los archivos están disponibles. Pero no estoy pensando en que San Agustín sea alguien alojado en el pasado, ni que Markus Gabriel, el filósofo alemán cuyas ideas del neorrealismo acaban de ser dichas, pertenezca al momento presente. Pareciera que el tiempo y sus épocas no tuviesen un registro significativo en mi experiencia. Constató esta ausencia de registro cada vez que me doy cuenta de que, en el desarrollo del pensamiento humano, es indiferente cuándo o quién lo haya formulado. En eso, el fragmento 50 de Heráclito, que vivió hace 26 siglos, desde que me fue presentado por Jorge Eduardo Rivera, me ha llenado de atemporalidad y de impersonalidad. Y de serenidad, debiera agregar. Esa sensación se reafirma cada vez que compruebo que las ideas que inquietan al ser humano son pocas y recurrentes, con independencia del periodo histórico en el que haya vivido su autor. El fragmento del filósofo presocrático dice: "No a mí, sino al logos escuchando, es sabio con-decir que todo es uno". Parece un enredo, pero este fragmento, mirado con alguna detención, es simple. Significa que cada vez que hablo o escribo usted no me escucha o lee a mí sino al logos, que en este contexto es como el lugar en el que habita todo pensamiento susceptible de ser pensado por mí, por usted o por cualquiera que pueda pensar. Así, las matemáticas, la geometría y la física, a pesar de la arrogancia de algunos teóricos de esas disciplinas, por más ingeniosas que parezcan sus deducciones, no son inventadas, sino encontradas. Newton no inventó la gravedad sino que fue capaz de ver lo que ya estaba. Es decir, la encontró. Las tres alturas de un triángulo se cortan en un punto y da lo mismo cuándo, quién y dónde eso se pensó o si ha sido o no pensado alguna vez. Puede haber sido Aristóteles, Euclides, Gauss, usted o yo, o nadie. Se siguen cortando en un punto: el ortocentro. Pero "encontrar" no significa que esas relaciones estén tiradas en la "naturaleza", como las piedras o los fotones. Están, pero en un "lugar" no topográfico (un lugar no-lugar, debiéramos decir entrando en un enredo). Tal vez por esto y por algunas otras constataciones

de la experiencia humana, muchos filósofos han reflexionado sobre un mundo *a priori*, previo a la cosa y a la experiencia. Sin embargo esto también inquieta a la física. Físicos contemporáneos como Penrose, por ejemplo, hablan de tres mundos, presentes pero disjuntos, dado que no se ha logrado establecer vínculos inteligibles entre ellos: el primero es el de aquello que se percibe, como el mar que veo desde mi ventana; el segundo es la "mente" con toda su patente inasibilidad y su rara complejidad, y el tercero es el mundo "platónico", lugar en el que las ideas puras (incluidas las matemáticas) ocupan el cielo de todo lo que puede ser inteligido. Penrose resuelve el problema de los vínculos entre estos mundos procrastinándolo, pues cree que son incomprensibles porque no tenemos "aún" la física adecuada. Bien. Parece evidente que no todo lo inteligible ha sido alguna vez inteligido, ni hay garantía alguna de que alguna vez lo sea. Pareciera que la intelección difícilmente llegará alguna vez a ser completa pues en los hechos, lleguemos hasta donde lleguemos, siempre hay más. ¿Qué es ese más? Para sostenerlo ocupamos una palabra incomprensible para la experiencia humana: lo infinito. ¿No es curioso que el símbolo para lo infinito sea  $\infty$ ? Pequeñito y enroscado sobre sí mismo. Pero sin principio ni final. Es decir, el infinito no es hacia adelante ni hacia atrás, pues tales expresiones no tienen sentido alguno donde nada empieza ni nada termina. Aun así, este pequeño grafismo necesita ser recorrido, es decir, si lo seguimos con el dedo tenemos la experiencia de un transcurso que podríamos continuar sin cesar. Pero, ¿no ocurre lo mismo con el círculo? No seguiremos ese camino, pues lo que nos interesa ahora es solo destacar que lo que transcurre es el dedo y no el símbolo. Aristóteles en su "Física" trata del tiempo a través de los números ordinales que marcan lo primero, lo segundo o lo tercero en el orden de la sucesión de un móvil. Por así decirlo, para él, en el caminar de un caballo hay duración, primero pasa la cabeza, en segundo lugar el lomo y en tercer lugar la cola. Eso es lo numerado del movimiento (lo primero, lo segundo, lo tercero... del movimiento de un cuerpo) y eso es el tiempo. Sin movimiento, sin un ente que discurra y cambie, no hay tiempo. Por eso la definición de Aristóteles se basa en el movimiento de un ente, contado ordinalmente. Sin algo que cambie, estos números que implican sucesión no caben. Sea como fuere, es imposible no notar que el símbolo de "infinito" es solo un grafismo ( $\infty$ ) y, como cualquier grafismo, es tan solo una señal que intenta golpear en una puerta que da entrada a un mundo anonadantemente misterioso.

### **Sapiens y muerte**

Pero, sin ir tan lejos, el tiempo contado y obvio, como el 1, 2, 3..., si es mucho, tiende a "n" y, rompe con nuestro tiempo experiencial. Por eso es muy difícil concebir los 3.500 millones años en los que ha existido la vida sobre el planeta que llamamos "Tierra". Hay algo sorprendente en esto: puedo imaginar tres vacas, pero no puedo imaginar seis vacas, porque se me separan en dos grupos de tres cada uno. Y, si no puedo imaginar ni tan siquiera seis unidades como tales, ¿cómo podría entonces imaginar o pensar 3.500.000.000 de unidades de un año cada una? Lo que quiero decir es que para pensar la vida y su evolución en la Tierra –evolución que solo significa "cambio" y no mejoría ni progreso– las capacidades temporales del sentido común son inútiles, pues ante esa cifra solo podemos balbucear que es realmente muchísimo tiempo. Por eso se le puede denominar "tiempo cósmico", pues está en la dimensión de tiempo del universo, que son 14.000 millones de años.

No entraré a examinar si es justo y propio el que nos consideremos a nosotros mismos como *homo sapiens sapiens*, es decir, de sapiencia al cuadrado. Pero lo que sí sabemos a firme es que somos de aquellos seres vivos mortales. Sí, hay otros seres vivos que pueden desorganizarse y morir, pero que no necesariamente lo hacen. Pero nosotros, los *sapiens sapiens*, digamos lo que digamos, hagamos lo que hagamos y pensemos lo que pensemos, necesariamente morimos. Usted se preguntará quiénes son esos otros seres vivos inmortales. Parece una contradicción el que pueda existir vida sin muerte. Advierto, dado el contexto actual, y solo a quien necesite ser advertido, que los virus no son vida, por lo que tampoco la muerte les es aplicable. No puede morir lo que nunca ha vivido. Por eso el escritor español Francisco Umbral decía: "que dulcemente envejecen las cosas". Pues bien, esos seres vivos que no necesariamente mueren y que según la bióloga Lyn Margulis son los dueños del planeta, son las bacterias. Una bacteria, después de cierto tiempo se divide en dos bacterias hijas, pero nadie murió. No hay cadáver, solo transformación de uno (figuradamente más viejo) en dos (figuradamente bebés). Desaparece la madre pues se subsume en los hijos y, en vez de morir, simplemente se reencarna en dos clones idénticos, es decir, ella dos veces. El que nosotros, y cientos de

miles de especies, seamos mortales, es un tema que a los *sapiens sapiens* nos complica de sobremanera. Esto ocurre porque, nos guste o no, lo sabemos. Somos experiencia consciente y ese saber es parte esencial de esa experiencia. Siguiendo fábulas, pareciera que estamos hablando de la salida del paraíso. Nos referimos a ese árbol del fruto prohibido, de exquisita pulpa y, al mismo tiempo, portador del conocimiento y la ética. No obstante, comer el fruto del conocimiento, dulce y apetitoso, generó la ira del Dios tirano y vengativo, que entonces nos expulsó del Jardín del Edén, arrojándonos a tener que ser seres conscientes y a rodar por el mundo que él mismo había creado y del que casi nada sabíamos. Casi, pues teníamos claridad absoluta de un par de lúgubres certezas: nuestra vida es dolorosa (implica sufrimiento, diría el Buda) y necesariamente dejamos de existir, es decir, llegamos a un enigmático "haber sido". Esta última condición está garantizada sin ninguna ambigüedad: es cierta, ineludible y no admite excepciones. De allí, la fábula del paraíso perdido y la nostalgia de la inocencia y la inmortalidad.

Es notable que, desde ese despertar consciente, estemos afanados intentando revertir esa situación y buscando una religión, una ciencia o una filosofía que nos permita acceder a la vida eterna, lo que no es más que una negación pueril de la muerte. Sin embargo, el saber de la muerte nos hace ser lo que somos, y nos afecta, afectación que debemos llevar a costas mientras vivimos. Por lo mismo, hablamos poco sobre la muerte. Entonces usamos eufemismos como "fallecer", que es apenas una caída (como *fall* en inglés o *fallen*, en alemán) u occiso, que también significa caída, aquella del sol que justifica la expresión occidente. La muerte, aunque silenciada en la vida cotidiana, es abundante en la reflexión y el arte. Para muestra unos botones: Las *Cartas Sobre la Muerte* de Séneca, el poeta latino, o toda la obra de Martín Heidegger y su ser-para la muerte, o toda la filosofía del absurdo y muchas más, como la contundente conferencia de Claudio Yaluff "Grandes frente a la Muerte". Además, no existen religiones que no cabalguen en la mortalidad, negándola. La ciencia biológica, por su parte, no está muy lejos, pues sueña con manipular el cuerpo y conseguir, primero, la longevidad, y luego la inmortalidad. Es decir, miremos donde miremos, seguimos inmersos en la fábula del paraíso perdido.

A la afectación que nos atrapa mientras vivimos la llamamos angustia, es

decir, estrechez. De ahí surge la palabra “angosto” y “angina”, por ejemplo. Estamos apretados, constreñidos por nuestra mortalidad. Nos comprime, nos quita espacio, aire y libertad. Nos obliga a vivir de bocanadas. Y además es de una cristalina evidencia, pues, para los *sapiens sapiens*, todos los caminos conducen a Roma, nombre que en este caso significa el dejar de ser. Pero, me gustaría ser bien entendido, no hablo del “morir”, sino del vivir sabiendo que moriremos. Tiene razón Séneca: ¿Por qué temes tanto a la muerte –le escribe en su filosofía epistolar a Lucilio, su discípulo– si mientras no llega no es y cuando es, tú ya no?

Pero, ¿qué ocurre cuando la muerte acecha más desembozadamente que lo habitual? Ocurre que la angustia se hace también más consciente, abundante y masiva. Ocurre en las guerras, en las epidemias y en las contaminaciones ambientales. Allí, la probabilidad de la muerte propia y la de los otros más cercanos y queridos aumenta mucho más allá de lo “habitual”. Sin embargo, aun en la más pacífica y bucólica de las vidas, siempre hay un momento en que la certeza de nuestra mortalidad se hace presente como un “ahora, en cualquier momento”. Los mecanismos adaptativos suelen allí fracasar, pues están diseñados para saber de lo inevitable pero allá, muy lejos. “Nadie es tan viejo que no crea poder vivir un año más”, reza un dicho cuyo origen no recuerdo. Es evidente que una cosa es saber que el dejar de ser “alguna vez ocurrirá” y otra, el que puede, de verdad, “estar ocurriendo ahora”. Eso es lo que define a una pandemia.

Sin embargo, permitámonos algunas distinciones. Con ciertas excepciones, más bien fantaseadas, las epidemias y las pandemias a lo largo de la historia humana son eventos naturales, lo que implica que siguen una dinámica que no ha sido diseñada ni tiene un propósito determinado, un “para qué”. Acontecen sin propósito ni finalidad. El Covid 19 no tiene como propósito matar seres humanos. Distintas son las guerras, las contaminaciones por codicia o afán destructivo de los *sapiens sapiens*, los genocidios y otros fenómenos “culturales”. Efectivamente, en la naturaleza (o en lo natural), incluyendo la vida, las cosas simplemente acontecen. No hay una mano detrás que las diseñe (como quien diseña una cabeza nuclear) ni menos tienen un “telos”, un destino o puerto imaginado por alguien, como ocurre cuando se quiere invadir un territorio y apropiarse de su riqueza. La diferencia entre naturaleza y cultura ha suscitado una efusión de muchos miles de páginas.

Tal vez aquí agregamos algunas más. La naturaleza (toda y no solo la vida) posee organización y estructura, pero carece de diseño y finalidad. Esto quiere decir que la erupción del Vesubio en el año 79 de nuestra era no estaba diseñada con la finalidad de sepultar a Herculano y Pompeya y matar a muchos miles de personas. Simplemente aconteció porque existían condiciones geológicas determinadas. La cultura, en cambio, posee siempre un diseño y siempre una finalidad: hay un objetivo, un propósito. Mire a su alrededor y verá que desde un zapato a una estación orbital, pasando por todo tipo de armas y maniobras políticas y bélicas, son "entes" culturales, pues tienen diseño y finalidad. Eso nunca ocurrirá en un tornado o en el choque de un meteorito sobre la superficie de la Tierra. Por decirlo en una frase, la naturaleza nos mata pero jamás nos asesina.

### **Epílogo**

El 99,9% de las especies que han existido están hoy extintas. Es decir, la extinción es la regla, pero acompañada de la "especiación", proceso complejo y muy poco conocido y para el que las teorías darwinianas han quedado hace rato obsoletas. Quizá si las hipótesis sobre adquisición de genoma (como la endosimbiosis) nos den una clave más coherente para el cambio y recambio de las especies en el planeta. Lo interesante de esto último es que estamos hablando del flujo de las moléculas de ADN y ARN a través de los seres vivos. El Covid 19 es un ente natural, y también lo es nuestro cuerpo. Ambos carecen de diseño y finalidad, con independencia de su complejidad. Ocurren como las mareas y son como son.